

MADO MARTÍNEZ

EL

TREN

DE LAS

ALMAS

algaida



Primera edición: 2018

© Mado Martínez, 2018

© Algaida Editores, 2018

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-039-3

Depósito legal: SE. 1584-2018

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

22 de diciembre de 2016	13
La noche de las tres noches	15
Viajeros al tren	27
21 de diciembre de 2016	33
Ella y él	35
El tren de Bécquer	42
La pasión de Bárbara	52
Marian y Robin	55
El chico que amaba los trenes	61
23 de diciembre de 2016	67
La tía Elvira	69
El funeral	75
Tren	79
Viaje a ninguna parte	81
Los raíles del silencio	87
No era él	95
El dorado amanecer	106

Tony y las tres Gracias	111
La tabla parlante	113
Solitario	118
Próxima parada	121
12 de abril de 2017	125
Confidencias a media luz	127
El interrogatorio	131
El descubrimiento de Aranda	140
El tren	149
El mensaje	151
Cuatro menos una	156
Noche de chicas	161
Cruz de cruces	166
Lauren Bacall	171
La marea	181
¿Quién eres?	185
La tercera noche	191
1985	197
Mi hermana Susana	199
El domador de los miedos	206
El patito feo	215
La niña misteriosa	221
El tesoro de los Malverde	226
El tren	231
Buenos días	233
1991	237
El club de la Medianoche	239

El tren	247
Díselo	249
Preparados, listos...	254
14 de noviembre de 2017	259
Tu nieta no te olvida	261
1997	265
Séxtasis	267
El burdel de la Lola	273
Adiós, mamá	283
Michael Jackson	285
Clínica Vista Hermosa	292
El tren	297
Capítulo sin título	299
Desayuno con diamantes	302
Desesperación	306
22 de diciembre de 2017	309
La noche de las tres noches	311
22 de diciembre de 2056	315
La noche de las tres noches	317
Tren	323
Fin de trayecto	325
Tren	335
Las almas	337

Eres MÍA

22 DE DICIEMBRE DE 2016

LA NOCHE DE LAS TRES NOCHES

TODO EL MUNDO EN ESPUELAS SABÍA QUE ESTABA prohibido ir a la Estación de los Muertos la noche de las tres noches, aunque ya nadie iba nunca allí. Aquel había sido el destino favorito de los que un buen día decidían acabar con su vida. Cada pueblo tenía su lugar maldito. En algunos, los habitantes se suicidaban saltando de un puente; en otros, colgándose de las oliveras; en Espuelas, los que no se resignaban a vivir y tenían el valor de morir a voluntad y porque sí, peregrinaban hasta la vieja estación, esperaban a que pasara el tren de su muerte, y se lanzaban a las vías con la esperanza de que les arrollase hasta el alma. Fueron muchos los embrujados que sucumbieron al encanto de lanzarse al abismo, pero no tantos como aquella vez que los espuelanos bautizaron como «el año del prodigio», en 1950, cuando prácticamente todas las semanas acudía un parroquiano a tirarse al tren. El problema llegó a ser tan grave, que el Alcalde publicó un bando prohibiendo a los habitantes

de Espuelas suicidarse; fue necesario poner a un vigilante para que refrenara a los que acudían con el anhelo de abrazarse a la locomotora. El *espantasuicidas* no daba abasto. Lo ponían todo perdido de picadillo humano, paraban y retrasaban el tráfico ferroviario; las labores de recuperación de los desperdicios eran una porquería, y, por si fuera poco, algunos no tenían ni la decencia de dejar una nota explicando su dolor. Los gacetilleros de la época bautizaron el lugar como la Estación de los Muertos. Acudían cada día decenas de curiosos que aspiraban a ver cómo se arrojaban los desdichados; los más pudientes, incluso, se llevaban la cámara de fotos, con la macabra aspiración de poder inmortalizar el momento. Tanta era la desesperación de la gente, que tuvieron que prohibir que se tocaran las campanas a muerto, para que los espuelanos no se volvieran locos de angustia, y no les diera por imitar aquella «moda de tirarse al tren», como el Padre Gesualdo solía decir en las misas. Las autoridades, hartas de retrasos y molestias, convinieron que lo mejor era desviar el tráfico, y parece que la cosa funcionó, porque ya no se mataban tantos. La estación más cercana estaba a diez kilómetros, y por lo visto la pereza podía más que el ansia de morir. Además, que matarse en el pueblo de al lado no tenía la misma gracia.

Bárbara fue la primera en llegar. La estación de Espuelas aguardaba a sus invitados en silencio. Los raíles aplaudieron por dentro de los hierros. Se sentó a esperar a sus amigos en el desvencijado banco del andén. Hacía prácticamente quince años que no había vuelto a ver a ninguno de

ellos, aunque siempre se las habían apañado para seguirse la pista. Jackson, Marian, Tony y Juan. Sobre todo Juan... Suspiró profundamente al pensar en él. Qué extraño, le faltaba el aire cada vez que su mente dibujaba su rostro.

Jamás pensó que lograría volver a reunirlos a todos, y menos aún la noche de las tres noches. Todo el mundo sabía que el 22 de diciembre estaba prohibido ir a la Estación de los Muertos, porque esa noche, pasaba por allí el tren de las almas. Los que se habían atrevido a hacerlo lo habían pagado caro. Eso decían los viejos de Espuelas, amparándose en la leyenda; como la de un fulano que, según decían, cometió el error de acudir a la Estación de los Muertos la noche de las tres noches, y regresó ido, hablando insensateces, con la mirada perdida en otro mundo del que jamás lograría regresar. Decía que había subido al tren de las almas. Nadie le creyó. Todo el mundo sabía que si subías al maldito tren, ya no podías bajar. Pero él decía que sí se podía, que había un modo. Lo internaron en el manicomio de la provincia a babear con los oligofrénicos. Murió una semana más tarde de un ataque al corazón, mascullando no sé que historias de espíritus. Y como se acaba el barro antes que los cerdos, aún hubo otros que tuvieron las santas tripas de atreverse a subir a la vieja estación abandonada la noche de las tres noches, como aquella pareja de novios que se fugó porque sus padres no les dejaban estar juntos, y de los que nadie volvió a saber las señas de sus huesos.

—¡Bárbara! —la llamó Marian.

Bárbara la vio bajar del coche. Llevaba bajo el brazo su viejo tablero *ouija*.

—¡Todavía lo tienes! —exclamó Bárbara señalando el tablero con la mirada.

—Pero, bueno, ¿a quién te alegras más de ver, al tablero o a mí?

—A ti, a ti... —la abrazó—. Además, ¿desde cuándo ese trasto nos ha servido para contactar con nada?

Cuando tenían catorce años hicieron una sesión de espiritismo alrededor de aquel mismo tablero *ouija*. Lo más fuerte que se atrevieron a preguntar era qué cuestiones iban a salir en el examen de ciencias, y si el Caballero Afrodita de Piscis de la serie los *Caballeros del Zodiaco* iba a volver a resucitar de nuevo tras morir a manos de Radamanthys de Wyvern. El vaso se fue moviendo indicando los temas que saldrían en el examen, y señalando que el Caballero Piscis volvería a ser resucitado, esta vez por la diosa Athena.

—Eso es imposible... Qué mierda de *ouija*. ¿Cómo va a revivirlo Athena después de todas las veces que Afrodita de Piscis ha intentado cargársela? —dijo Tony aquella tarde de lluvia.

Tras pronunciar aquellas palabras el vaso salió despedido y se estrelló contra la pared del salón. Tony se meó en los pantalones. Se fueron a casa sin comentar lo sucedido. Ninguno dijo nada, ni siquiera cuando el día del examen salieron exactamente las preguntas que la *ouija* había dicho, ni cuando emitieron el capítulo en el que Athena revivió a Afrodita de Piscis para destruir junto a los otros caballeros el oro del muro de los lamentos. Des-

pués de aquello pasaron un tiempo sin querer acercarse al juego de las letras.

—¿Y Jackson? —preguntó Marian, y lo preguntaba porque ellos dos eran los inseparables, o como solía decir doña Refugio, la abuela de Marian, «adonde va el cubo va la sogá, y, hale, así es como tienes que ir en la vida con alguien si quieres sacar agua del aljibe». Doña Refugio, como mucha gente, pensaba que aquellos dos «tenían algo». El padre de Bárbara estaba convencido de que su hija se encamaba con Jackson porque «entre un hombre y una mujer no puede haber otro tipo de relación». Pero Bárbara y Jackson eran solamente amigos.

—Jackson quedó en venir con Juan —contestó Bárbara, subiéndose el cuello de la cazadora hasta las orejas.

—Juan, Juan, Juan...

—Sí, Juan... —Bárbara resopló. No sabía si quería seguir hablando de él—. Nos vimos anoche en el Biruji.

—¿Qué tal le has encontrado? Acaba de volver de Estados Unidos, ¿no?

—Igual que siempre. Si te digo la verdad, me sorprendió que se viniera a cenar conmigo al Biruji. Desde que se fue a vivir al extranjero no ha mantenido mucho el contacto, por lo menos conmigo. Yo me cansé de hablar con el buzón de su contestador hace años. Y ayer va y se pide una cerveza, me deja comer de sus patatas, me paga la cena y me lo discute todo, como si nada.

—Cuando buscas la palabra «huraño» en el diccionario, seguro que sale Juan. Yo le perdí el rastro mucho antes. ¿Estás segura de que va a venir esta noche?

—Bueno... —Bárbara no las tenía todas consigo.

—¿No te acuerdas cuando nos dejó tiradas en la ciudad y nos tocó volver en taxi? ¿O cuando le organizamos aquella fiesta sorpresa de cumpleaños y no apareció?

—Pues como no venga vamos a pasar hambre.

—¿Y eso?

—Dijo que él se encargaba de la comida.

—¡Mierda! —protestó Marian—. Menos mal que me he traído una caja de donuts.

Marian sacó una polvera del bolso, y empezó a retocarse el maquillaje.

—Creo que eres la única persona que conozco que se maquilla antes de entrar en una casa embrujada —comentó Bárbara mirando los raíles.

—Anda ya, esto no es una casa embrujada. ¿He mencionado ya que tú eres la única mujer que conozco a la que se le ocurriría venir la noche de las tres noches a este lugar? ¡Mira! Ahí llega Tony.

A lo lejos, la silueta de un hombre larguirucho y de rostro enjuto asomó entre las sombras.

—Joder —susurró Marian—. Si me lo encuentro a las tres de la mañana, salgo corriendo.

—Lo que hacen las drogas... Con lo guapo que era... ¿Está muy enganchado? —preguntó Bárbara.

—Cuando salgo a patrullar está siempre en el puente con los mismos pringaos —contestó.

Marian era policía local, y solía salir a patrullar por el pueblo junto a su compañero Roberto Aranda.

—A todos nos gusta fumarnos un porro de vez en cuando... —intentó justificarle Marian, pero con la boca pequeña. De hecho, hacía ya un tiempo que sospechaba que Tony había pasado de los porros, las pastillas y la cocaína a la heroína.

—Y cuantas veces nos hemos colocado con él... ¿Te acuerdas aquella nochevieja del 97? —dijo Bárbara.

—¿Cuando trajo aquellos ácidos que llamaban «doble gota»?

—¡Sí!

—Qué cabrón.

Bárbara se quedó pensándolo un rato. Aquella había sido la última nochevieja que habían pasado todos juntos.

Tony levantó el brazo a modo de saludo. Le vieron llegar con su chupa de cuero, su pelo negro enmarañado y sus pantalones ajados con cadenas.

—Ya está aquí el rey de la fiesta —dijo dando un par de brincos circenses.

Se abrazaron efusivamente. Bárbara notó que abrazar a Tony era abrazar el aire, un hatillo de huesos y no más.

—Voy al coche a por el equipo.

Marian sabía que se refería al kit cazafantasmas de Bárbara. Detectores de presencia, medidores de campo electromagnético, estación de meteorología, grabadoras, cámaras y todo el arsenal propio de un investigador paranormal. A ella le gustaban esas cosas, y eso que era científica, bióloga marina para ser exactos.

—¿De qué va lo de esta noche, Marian? Bárbara me ha contado no sé qué historia de esas tuyas para no dormir.

—Ya... Lo importante es que estamos todos juntos.

—Marian sonrió con visos de disculpa.

—Joder, se me ocurren mil lugares más apetecibles que este para reunirnos. Yo fumaré muchos porros y todo lo que tú quieras, pero esta Bárbara no tiene que estar muy bien de la chaveta si su plan de reencuentro es venir a ver si pasa el tren de las almas, ¡y con el frío que hace! ¡Se me están helando las pelotas!

Marian se frotó las manos. El frío se estaba apoderando de la estación, conquistando los raíles, extendiendo sus brazos de escarcha y plantando la bandera del escalofrío en los andenes tristes. Miró al cielo y, justo entonces, vio una estrella fugaz cruzando la bóveda celeste. Quiso pedir un deseo, pero no se le ocurrió ninguno, porque el suyo era un imposible. Su marido había muerto hacía varios años, y ni la más poderosa de las estrellas fugaces podría devolverle la vida.

Bárbara regresó con la mochila a cuestas. Se oyeron unos ruidos. Procedían del interior de la estación abandonada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Tranquila —contestó Marian—. Son palomas—. Caminó hacia los ventanales de cristales rotos, y alumbró el interior de la vieja estación. Olía a abandono.

—Ahí hay algo que se está moviendo —dijo Tony señalando unos arbustos.

Marian alumbró con la linterna hacia el lugar donde el índice de Tony apuntaba. Bárbara reconoció el

Jeep de Juan al instante. Suspiró con alivio. Al menos no pasarían hambre. Pero ¿dónde estaba su dueño? Se aproximó hacia el vehículo con paso lento, alumbrando el camino de tierra por el que cruzó un escarabajo que andaba paseando su parsimonia. Lo dejó cruzar. Apuntó con el haz de luz al interior del todoterreno. No había nadie dentro.

Los arbustos se agitaron. Bárbara sintió un brinco en el corazón, y soltó un grito tan grande, que hasta los perros perdieron el aullido.

—¡Juan! Pero ¿qué hacías ahí detrás escondido?

Parecía desorientado.

—¿Juan? —Bárbara creyó atisbar un halo de angustia en él.

Todavía tardó en contestar.

—Estaba... Meando... Que ya no puede uno ni mear tranquilo.

Tony y Marian se deshicieron en besos y abrazos con Juan. Hacía mucho tiempo que no le veían. En lo que a él se refería, si las cosas podían solucionarse sin que mediase contacto físico, mejor que mejor. No hacía falta toquetearse tanto.

—¿Dónde está Jackson? Tenía que venir contigo —preguntó Bárbara.

—No he podido encontrarle. No responde a mis llamadas, y en su casa no hay nadie —respondió.

A Bárbara le subió un torrente de inquietud por la garganta.

—Qué raro. ¡A ver si le ha pasado algo!

—No te pongas histérica, mujer. —Tony conocía bien a Bárbara. A veces podía hacer una auténtica montaña de un grano de café.

Bárbara sacó su teléfono móvil. Llamaría a su madre, llamaría a sus abuelos, llamaría a Dios si hacía falta...

—¿No pensaríais empezar sin mí, no? —Era la voz inconfundible de Jackson, emergiendo de entre las sombras.

—¡Jackson! ¿Dónde te habías metido? —Bárbara volvió a la tierra. Tenía que aprender a no apurarse tanto si quería llegar a vieja.

Marian se acercó a él.

—¿Jackson? ¿Eres tú?

Le escrutó el semblante entre las sombras, con aquellos ojos que ponía cuando no estaba segura de si lo que observaba era real. Hacía tiempo que no se veían.

—Pues claro que soy yo. ¡Juan, saca una cerveza, que ya queda nada para que pase el tren!

Juan tardó en reaccionar pero obedeció.

—¡Así que esta noche pasa el tren de las almas! Aunque yo te digo una cosa, Bárbara, como pase, yo me cago, ¿eh? —Jackson abrió una Alhambra Especial con gesto dicharachero.

—Vamos a ver si animamos esto un poco —intervino Tony, sacando del bolsillo de su chupa una bolsa de plástico llena de pastillas y cartoncitos de colores—. ¿Quién quiere flipar?

—Tony, sólo te voy a decir una cosa —advirtió Bárbara—. Como me pongas una mierda de esas en la bebida, no sé lo que te hago. —Estaba muy molesta. No creía

que lo más recomendable en una investigación paranormal fuera colocarse.

Tony se acordó de la primera vez que le dio un ácido a Bárbara. Ella se lo estuvo pidiendo durante semanas. Se había colocado miles de veces con otras sustancias, como el éxtasis, pero nunca había probado el LSD. Cuando al fin se lo dio, aquella última nochevieja que pasaron juntos, Bárbara se echó a la boca el minúsculo cartoncito impregnado con doble gota. Esperó, esperó, y desesperó, como solía pasarle con todo en esta vida, por su bendita impaciencia, y tras bostezar varias veces y quejarse hasta la saciedad con aquello de «Esto a mí no me hace nada», Tony le pidió que abriese la boca y le echó otro cartón plegadito de aquellos. Bárbara supo lo que era alucinar; el viaje por el reino de baldosas amarillas le duró dos días. Los monstruos la dejaron exhausta.

El frío iba conquistando terreno en la Estación de los Muertos. Tony se puso un ácido en la lengua. No necesitaba la aprobación de nadie para flipar. Era el único que seguía drogándose, como si todavía fueran al instituto y hubiera que desfasar hasta reventar la luna. Marian había tratado en el pasado de convencer a los otros para hablar con él seriamente; hacerle ver que tenía un problema. Pero nadie se atrevió a ponerle el cascabel al gato, y al final se fueron distanciando. Marian se hizo policía, y se casó; Bárbara estudió ciencias del mar, y se fue a explorar los océanos; Juan se licenció en antropología, y acabó dando clases en la universidad de Yale; Jackson se involucró en el mundo de los negocios, y Tony se quedó a solas con sus fantasías animadas.

—Pásame una de esas —dijo Jackson señalando con la mirada el paquetito de golosinas psicodélicas de Tony.

—¡Jackson! —se quejó Bárbara con un tono que pretendía ser reprobatorio, pero que en realidad escondía un chiste—. ¡Que hemos venido en misión paranormal!

—Que sí mujer, pero habrá que celebrar el reencuentro también, ¿no?, que tú y yo nos vemos casi todos los días, pero con estos hacía tela que no nos juntábamos, y de Juan ya... ni hablamos. Ya se me había empezado a olvidar tu cara... —dijo, mirándole con ojos de comadreja.

El rostro de Juan luchó unos instantes contra el azoramiento que aquellas palabras, por algún motivo, le produjeron.

Tony empezó a repartir cervezas. Los botellines verdes tintinearón en la oscuridad. Bárbara se quedó mirando la suya: parecía una pócima mágica. Después miró a sus amigos, y se dejó llenar por la alegre sensación de estar todos juntos, como antes... Faltaba Maite, pero fue imposible convencerla para que fuera a la Estación de los Muertos la noche de las tres noches. Ella se lo perdía... Una punzada extraña se instaló en su pecho antes de echarse la botella a la boca. Estaba segura de que aquella iba a ser una noche especial.